



EL ENFOQUE DE GÉNERO: UNA PERSPECTIVA DE ESTUDIO DE LA MUJER ABORIGEN EN EL PROCESO DE FORMACIÓN DE LA IDENTIDAD CULTURAL

Miriam Celaya González
Centro de Antropología
Cuba

Resumen

En los últimos años ha surgido un creciente interés por las investigaciones en torno a diversos aspectos de la identidad cultural en Cuba. El fenómeno se ha abordado desde varios enfoques de las ciencias sociales alrededor de dos componentes específicos: el de origen hispano y el de origen africano; sin embargo, el discurso queda trunco al obviar esa otra parte del substrato identitario que es el componente aborigen. El presente trabajo es una propuesta que incluye el análisis de la importancia del aporte de la mujer aborigen en el primer proceso transcultural de la historia de la nación cubana y la función de esa mujer, como transmisora de elementos culturales de su grupo de pertenencia. Asimismo este trabajo reivindica la permanencia de elementos de la herencia cultural aborigen en nuestra identidad cultural.

Introducción

Es común a todas las naciones jóvenes la búsqueda de aquellos valores que de alguna manera han contribuido en la formación de su identidad cultural. Cuba no es la excepción. Desde los primeros decenios de la República, destacados intelectuales se interesaron en el estudio y en la indagación de la génesis identitaria cubana, sentando las bases para el conocimiento y desarrollo de nuestros valores más auténticos. Décadas más tarde, y a tenor de las transformaciones sociales que han venido sucediéndose en Cuba a lo largo de los últimos años, son numerosas las investigaciones que –desde diversos enfoques- se han ocupado de enriquecer el conocimiento sobre nosotros mismos. ¿Quiénes somos?, ¿cuáles son nuestro orígenes?, son preguntas cuyas respuestas constituyen piedras angulares del autorreconocimiento de la etnia, de la cultura, y –en consecuencia- de la riqueza espiritual de una nación.

Lamentablemente, en la búsqueda de nuestra reafirmación cultural, la construcción del discurso sobre identidad cubana solo ha tomado en cuenta aquellos elementos claramente visibles y físicamente presentes en el rico calidoscopio cromático y cultural



derivado de la secular interacción del blanco de origen europeo –llegado a este rincón del mundo como conquistador y definitivamente conquistado- y el negro de origen africano, sometido mediante la fuerza y llegado como esclavo, cuyo trabajo edificó la riqueza de la Isla en la colonia y cuya sabiduría quedó sembrada sólidamente en las raíces, tronco y frutos de la nación. Ciertamente, no es posible concebir una cultura cubana en la que no se inserten los componentes hispanos y africanos; sin embargo, la historia de la Cuba que somos no se inició con la llegada de las carabelas de Colón en 1492: los asombrados y codiciosos europeos (que un tanto incorrectamente llamamos “españoles” porque provenían de una novísima, recién estrenada nación que emergía penosamente de siglos de feudalismo), arribaron como grupo minoritario a una Isla, bastante profusamente poblada –a juzgar por la información arqueológica que se posee- por culturas bien establecidas, cuya impronta habría de permanecer, aunque enmascarada y confundida en el complejo entramado en que se ha ido forjando a lo largo de cinco siglos la identidad cubana. No será completo el cuadro que explique la génesis de la cultura cubana mientras no incluya entre sus componentes aquellos elementos de las culturas aborígenes que nos antecedieron, que miles de años antes de la llegada del Almirante poblaron el archipiélago y desarrollaron formas peculiares de cultura de las que ciertos rasgos quedaron perpetuados en objetos de nuestra cultura material tradicional, en elementos vestigiales de nuestra cultura espiritual, en nuestra toponimia e incluso en nuestra lengua.

La mujer aborígen en el proceso de conquista y colonización como elemento angular del primer proceso transcultural en Cuba

El mayoritario número de hombres que se enrolaban en la aventura de la conquista y colonización española en nuestras tierras, en abierto contraste con la insignificante - digamos casi nula- presencia femenina del mismo origen, formando parte de aquellas avanzadas, fue el primer factor que determinó las uniones entre españoles y mujeres aborígenes, fundamentalmente en los primeros tiempos de este proceso y durante un



período relativamente largo, hasta que en la Isla se crearon las condiciones para que comenzara una inmigración femenina española de importancia, de manera que las uniones entre españoles e indias comenzó a producirse desde los primeros momentos del arribo de éstos. Oviedo documentó desde la más temprana etapa de la conquista estas uniones: "...e aunque algunos cristianos se casaban con indias principales, había otros muchos más que por ninguna cosa las tomaran en matrimonio, por la incapacidad e fealdad dellas." (Libro Cuarto. Capítulo I. Pág. 107).

Sobre este particular, Pichardo Moya (1945:27) nos recuerda que algunas reales cédulas recomendaron en su momento propiciar los matrimonios de españoles con indias y "favorecer a los que se realizaban, sobre todo si eran hijas de caciques". Por supuesto, tales propuestas de la Corona tenían por fin justificar la posesión de la tierra, en el sentido de lo que dicha posesión significaba en los conceptos de "propiedad" y "derecho" para los europeos y legitimar así la conquista sobre los pobladores naturales¹. De igual manera, el hecho de preferir a las hijas de los caciques, como mujeres principales de las sociedades aborígenes, señala claramente la intención de utilizar las instituciones de prestigio y autoridad que primaban en éstas para sojuzgar más fácilmente a los nativos a la dominación de los conquistadores.

De algunas de estas uniones, empero, nacieron algunos mestizos prominentes, según señala Pichardo en la obra antes citada y ejemplifica con casos bien documentados en el Registro del Consejo de Indias: Miguel de Velásquez, quien llegara a Canónigo de la Catedral de Santiago; o los hijos de Vasco Porcallo de Figueroa, quienes desempeñaron altos cargos y fueron troncos de importantes familias de Puerto Príncipe. Igualmente este autor apunta que el primer mayorazgo cubano se fundó en fecha tan temprana como 1570, a favor del hijo mestizo de una indígena.

Debe tenerse en cuenta que el aborígen, forzosamente incorporado a las condiciones sociales que imponía la dinámica de la conquista y colonización, se vio obligado a

¹ Los europeos suponían que los caciques, en su calidad de "jefes" o señores principales detentaban algún tipo de propiedad sobre la tierra y que —en consecuencia— los matrimonios de españoles con indias hijas de caciques o de otros jefes principales entre los nativos les atribuiría a su vez el derecho sobre las tierras.



adaptarse a la cultura de estos nuevos colonizadores², los europeos, a la vez que se desarraigaban de sus modos de vida seculares y se integraban paulatinamente a éstas. No debe soslayarse el hecho, también significativo, de que los propios colonos españoles que comenzaron a poblar el Nuevo Mundo sufrían un proceso de desarraigo e integración, solo que, en su condición de cultura dominante, la asimilación por parte de ellos de las culturas nativas, al menos para las Antillas, fue casi completa.

Una forma en que quedó hasta cierto punto preservada la identidad aborígen fue la que debió conservarse fundamentalmente a través de la transmisión familiar en la que tuvo una influencia definitiva la mujer. Sin dudas, los componentes aborígenes originales sufrieron un proceso de deculturación a la vez que obtuvieron nuevas cualidades, se aculturaron junto a otros elementos, atomizándose dentro del proceso conquista-colonización y quedaron así, adaptados y transformados en las nuevas condiciones de existencia, habida cuenta de la disolución de su organización socioeconómica y la tácita prohibición de elementos de su ideología tales como su sistema de creencias y sus prácticas rituales. No es posible documentar a través del registro arqueológico o de las crónicas del período de referencia en qué medida se conservó o se traslapó algún que otro rasgo de aquellas creencias, pero no hay dudas de que los elementos dispersos, debilitados y transformados de las culturas aborígenes presentes aún en nuestros días en la cultura tradicional cubana –fundamentalmente entre la población rural- son resultado de la transmisión familiar en la cual la mujer actúa como elemento conservador del etnos.

Si se tiene en cuenta la función de la mujer, como madre, en la transmisión de la herencia cultural de su grupo de pertenencia y que la cultura, como parte de la superestructura social suele acusar una fuerte persistencia más allá de la existencia de la base económica en la cual se origina, puede inferirse que no fueron pocos los elementos de las culturas aborígenes de Cuba que sobrevivieron a ese primer impacto de la conquista y se puede afirmar que la pretendida “desaparición” de aquellas culturas no debió ser ni tan rápida ni tan absoluta, aun cuando los hijos, nietos y demás

² Recuérdese que, en su momento, los propios aborígenes agroalfareros conquistaron las Antillas Mayores, imponiéndose sobre las culturas arcaicas (llámense ciboneyes u otra denominación), a algunos de los cuales sometieron a un cierto sistema de servidumbre, según acusan las crónicas.



sucesores de tales uniones nacieran y crecieran sujetos a las nuevas condiciones impuestas por los europeos.

No puede negarse el nefasto efecto de la estrategia de la Corona en sus nuevas posesiones desde los inicios de la conquista, experimentado por vez primera precisamente en las Antillas Mayores. Las encomiendas, que llegaron aparejadas con el repartimiento de indios entre los primeros colonos, fueron el primer golpe de gracia asestado a la organización social y familiar de los naturales pobladores y de hecho constituyó el principio del fin de las culturas aborígenes. Pero las estrategias de supervivencia de los europeos en las nuevas tierras no pueden concebirse sin la participación imprescindible de los pobladores aborígenes, con sus ancestrales conocimientos del espacio geográfico y de las posibilidades que el medio natural ofrecía para la subsistencia. Bien pronto debieron comprender los conquistadores que no les sería posible sobrevivir y permanecer en el llamado Nuevo Mundo, tan distante de la vieja Europa, sin explotar y aprovechar las experiencias de los nativos.

También debe considerarse que, al socavar en los propios cimientos de las sociedades aborígenes – en su organización, en su familia, en su sistema de creencias-, los elementos de la cultura popular tradicional visibles que trascienden son fundamentalmente aquellos de carácter práctico que resultaban útiles a las estrategias de supervivencia de los españoles en el proceso de asentamiento en los nuevos territorios. Un ejemplo de esto último documenta Hernán Tirado (2000: “Instrumentos de trabajo agrícola”) en relación con un aspecto tan importante de nuestra cultura material como es el referido a los instrumentos de trabajo agrícola, cuando reconoce que incluso hoy “... el instrumental aborígen ha permanecido en uso, en mayor o menor medida, sobre todo, en las zonas montañosas...” , aunque, por supuesto, hay un predominio de aquellos instrumentos de origen hispánico que fueron paulatinamente introducidos y transformados (adaptados) a las características de nuestro medio y tipo de agricultura. Acota Tirado que el tipo de agricultura practicada entre nuestros aborígenes “disminuye gradualmente, sin ser sustituida en su totalidad, ante la agricultura de azada y la de arado”. También permanecieron entre los útiles del campesino criollo antiguos artefactos y materiales de uso común entre los aborígenes, como los catauros, las



jabas de yarey, el bohío como vivienda tradicional campesina y una larga lista de enseres que no es oportuno transcribir aquí. Algo similar ocurriría con las técnicas y artes de pesca aborígenes, muchos de los cuales todavía hoy son utilizados en la pesca artesanal cubana. Con relación a estas, se ha documentado la variada tecnología pesquera de los indocubanos y la importancia de la pesca para la economía aborígena cuyos aportes fueron de mayor importancia en la etapa de colonización de la Isla que los hispánicos, dadas las condiciones naturales específicas de nuestros mares –bien diferentes de las de España – y la utilidad práctica de sus artes de pesca y sus embarcaciones (Córdova, P. L., 2000: “Artes y Embarcaciones de la Pesca Marítima”). De tal manera, fueron utilizadas por mucho tiempo las embarcaciones de origen aruaca (cayucos y bongos), así como atarrayas, trasmallos y jamos, entre otros elementos de la pesca tradicional que incluso hoy permanecen formando parte de la cultura popular tradicional cubana.

En cambio, los componentes de la cultura espiritual no son tan claramente visibles y es preciso buscarlos en el entramado complejo de la identidad cultural, donde sin dudas subyacen, formando parte de lo que somos, aun cuando pretendamos ignorarlo.

En referencia a los procesos de formación del etnos y sus variantes, Bromlei (1983) señala la existencia de varios tipos de ellos, en dependencia de las características particulares del proceso de formación y de los factores que han intervenido en los mismos; de modo que, de apegarnos a su criterio, el proceso que se produjo durante la conquista y colonización en Cuba a partir de la interrelación de los europeos con los aborígenes fue de asimilación étnica forzada, en el cual los aborígenes fueron paulatinamente asimilados por los colonizadores, quienes impusieron rasgos tan importantes de su cultura como la lengua, la religión y la organización social. Perdieron así los nativos sus rasgos étnicos fundamentales –entre ellos, su lengua, vehículo portador de una cultura que, en gran medida, se transmitía por tradición oral-, pero no es posible concebir la asimilación étnica como un proceso “químicamente puro” donde desaparece toda huella de la cultura asimilada.

Generalmente, las referencias a los orígenes de la identidad cultural cubana actual hacen mención de conceptos tales como ***mosaico multiétnico***, ***cultura multivariada***,



procesos étnicos evolutivos y otra serie similar de términos que designan, o pretenden designar el complejo entramado sociocultural e histórico que daría lugar al surgimiento de la identidad cultural cubana. A primera vista, parecería que ésta no es más que la suma de étnoses y elementos culturales variados que por razones históricas y de otra índole han venido a unirse en este territorio geográfico formando lo que Ortiz denominara un tanto jocosamente “ajjaco”, en el que se podrían agregar tantos componentes cuantos vayan apareciendo a lo largo de la historia de la nación. El estudio de los procesos socioculturales ocurridos a lo largo de nuestra accidentada historia, apoyado por la documentación de archivo, así como por la etnoarqueología y la información acopiada por los cronistas de Indias, demuestra que la formación de nuestra identidad no es una simple operación de sumas, ni una yuxtaposición de culturas encontradas sino que responde a procesos sociales complejos donde elementos culturales diversos se entrelazan y complementan, se funden y se recrean. Las culturas son expresiones particulares de la conciencia que no desaparecen en medio de esos procesos, sino que se transforman a lo largo de la historia por la capacidad creadora del hombre.

Referencias bibliográficas

- Bromlei, Y. (1983): “Los procesos étnicos”. Redacción Ciencias Sociales Contemporáneas. (Investigaciones Etnográficas Soviéticas). Moscú
- Córdova, Pablo Luis (2000): “Artes y embarcaciones de la Pesca Marítima” En: CD-ROM “Atlas Etnográfico de Cuba” Centro de Antropología (CITMA), Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello” (MINCULT) y Centro de Informática y Sistemas Aplicados a la Cultura (CEISIC) (MINCULT)
- Oviedo y Las Casas (1988): Crónicas Escogidas. Prólogo y notas de Jorge Tena Reyes. Biblioteca de Clásicos Dominicanos IV. Ediciones de la Fundación Corripio, INC. Santo Domingo. 641 pp.
- Pichardo Moya, F. (1945): Los indios de Cuba en los tiempos históricos. La Habana, Imprenta Siglo XX.
- Tirado, H. (2000): “Instrumentos de trabajo agrícola” En: CD-ROM “Atlas Etnográfico de Cuba” Centro de Antropología (CITMA), Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello” (MINCULT) y Centro de Informática y Sistemas Aplicados a la Cultura (CEISIC) (MINCULT)